

Esta es una historia extraordinaria. Habíamos llegado desde el Cabo, con cientos de millas recorridas más que de costumbre. Recuerdo perfectamente la noche particular del suceso. Supongo que lo ocurrido quedó grabado en mi memoria, con miles de pequeños detalles que, de manera ordinaria, nunca debería haber recordado. Por supuesto, lo discutimos tan a menudo entre nosotros que, sin duda, esto ayudó a que no pueda olvidarlo.

Recuerdo que mi compañero y yo habíamos estado discutiendo varias supersticiones de los viejos marineros. Fue entre cuatro y cinco campanas de la primera guardia, es decir, entre las diez y diez y media de la noche. De repente se detuvo en su caminata, levantó la cabeza y olisqueó varias veces.

—Le doy mi palabra, señor —dijo—, hay una especie de ron appestoso en alguna parte. ¿No lo hueles?

Olfateé una o dos veces los ligeros aires que entraban en la viga; luego caminé hacia la barandilla y me incliné, oliendo de nuevo a la tenue brisa. Y de repente percibí el olor, débil y enfermizo, pero vagamente sugestivo de algo que había olido antes.

—Puedo oler algo, señor Lammart —le dije—. Casi podría darle nombre; y sin embargo, de alguna manera no puedo —Miré hacia la oscuridad de barlovento—. ¿Qué cree que es? —le pregunté.

—No puedo oler nada ahora —respondió, acercándose y parándose a mi lado—. Se ha ido de nuevo. ¡No! Por Jove! Ahí está de nuevo. ¡Dios mío! ¡Uf!

El olor estaba sobre nosotros ahora, llenando el aire nocturno. Todavía tenía esa familiaridad indefinible, sin embargo, era curiosamente extraño, más que nada, simplemente bestial. El hedor se hizo más fuerte, y luego mi compañero me pidió que fuera a ver si el vigilante notaba algo. Cuando llegué a la proa llamé al hombre para saber si olía a algo.

—¿Hueles algo? —me dijo, antes de que pudiera abrir la boca— Yo sí. Es espantoso.

Subí corriendo las escaleras climáticas y me paré a su lado. El olor era muy claro allí, y después de saborearlo por unos momentos le pregunté si pensaba que podría ser una ballena muerta. Fue muy enfático en que este no podría ser el caso, ya que, como dijo, había estado casi quince años en barcos balleneros y conocía perfectamente ese tipo de hedor.

—Lo reconocería como el olor del whisky malo, señor —expresó—. No es una ballena. Solo el Señor sabe qué es. Estoy pensando que es Davy Jones que viene a tomar un respiro.

Me quedé con él unos minutos, mirando hacia la oscuridad, pero no podía ver nada; porque, incluso si hubiera habido algo grande cerca de nosotros, dudo que pudiera haberlo visto, tan oscura era la noche, sin una estrella visible, y con una vaga y opaca bruma que generaba una falta de claridad en todo el barco.

Regresé con mi compañero e informé que el vigilante se quejaba del olor, pero que ni él ni yo habíamos podido ver nada en la oscuridad para explicarlo.

Para entonces, el extraño y desagradable olor parecía saturar todo el aire que nos rodeaba, Mi compañero me dijo que bajara y cerrara todos las puertas para mantener el hedor a bestia fuera de las cabinas y el salón. Después de eso comenzamos a pasear nuevamente por cubierta, discutiendo el olor extraordinario, y deteniéndonos de vez en cuando para mirar a través de nuestros lentes nocturnos hacia la noche alrededor del barco.

—Le diré a qué huele, señor —comentó mi compañero—, porque una vez sentí algo similar a bordo de un buque en el Atlántico Norte. Nos puso a todos los pelos de punta. Solo había esta especie de agua de sentina y algas muertas, centenarias. No puedo dejar de pensar que estamos cerca de algún banco de algas viejo y solitario.

—¿Te das cuenta de lo silencioso que se ha puesto todo en última media hora aproximadamente? —dije un poco más tarde—. Debe ser la niebla espesando.

—Es la niebla —dijo él, yendo hasta la barandilla—. Dios mío, ¿qué es eso? —agregó.

Algo le había arrancado el sombrero de la cabeza y cayó con un golpe seco a mis pies. De repente, sabes, sentí una premonición de algo horrible.

—¡Salga de la barandilla, señor! —dije bruscamente. Di un salto, lo agarré por los hombros y lo arrastré hacia atrás—. ¡Aléjese de ahí!

—¿Qué pasa? —me gruñó, liberando sus hombros—. ¿Qué sucede contigo? Me arrancaste la gorra —se agachó y buscó alrededor, al hacerlo escuché algo inconfundible que se movía en la barandilla que mi compañero acababa de dejar.

—¡Dios mío! —dije— Hay algo allí. ¡Escuche con atención!

Mi compañero se puso rígido, escuchando; entonces lo oyó. Era como si algo rozara la barandilla allí en la oscuridad, a dos brazas de distancia de nosotros.

—¿Quién anda ahí? —dijo mi compañero rápidamente. Entonces, como no hubo respuesta—: ¿Quién demonios... ? —Dio un paso rápido hacia la barandilla, pero lo sujeté por el codo.

—No vayas —dije, apenas por encima de un susurro—. No es uno de los hombres. Déjame encender una luz.

—¡Rápido, entonces! —dijo.

Me di la vuelta y corrí hacia popa, hacia la bitácora, y saqué la lámpara encendida. Mientras lo hacía, escuché a mi compañero gritar algo desde la oscuridad con una voz extraña. Se oyó un sonido agudo, y luego un estrépito. Inmediatamente mi compañero rugió hacia mí para apresurarme con la luz. Su voz cambió incluso mientras gritaba, y emitió algo que estaba más cerca de un grito que cualquier otra cosa. Hubo dos golpes fuertes y sordos y un jadeo extraordinario; luego, mientras corría, oí un tremendo golpe y finalmente el silencio.

—¡Señor Lammart! —grité—. ¡Señor Lammart!

Y luego llegué al lugar donde había dejado a mi compañero durante cuarenta segundos; pero él ya no estaba allí.

—¡Señor Lammart! —grité nuevamente, sosteniendo la luz sobre mi cabeza y girándome rápidamente para mirar detrás de mí. Mientras lo hacía, mi pie se deslizó sobre una sustancia resbaladiza y caí de cabeza sobre la cubierta con un ruido sordo, rompiendo la lámpara y apagando la luz.

Estuve de pie nuevamente en un instante. Traté de tocar la lámpara y, al hacerlo, escuché a los hombres cantando desde la cubierta principal y el ruido de sus pies mientras corrían hacia popa. Encontré la lámpara rota y me di cuenta de que estaba inutilizada; luego corrí hacia el salón y en medio minuto estaba de regreso con otra gran lámpara brillando en mis manos.

Corrí hacia adelante nuevamente, protegiendo el borde superior de la lámpara durante mi carrera. Su resplandor hacía que un par de metros a su alrededor brillaran como el día, a excepción de la niebla, que daba algo de vaguedad a las cosas.

Había sangre en la cubierta donde había dejado a mi compañero, pero en ninguna parte había signos del hombre mismo. Corrí hacia el riel meteorológico y sostuve la lámpara en alto. Había sangre ahí también, y la barandilla misma parecía haber sido arrancada por una fuerza enorme. Luego me incliné hacia afuera y sostuve la lámpara con el brazo extendido, mirando hacia el costado del barco.

—¡Señor Lammart! —grité hacia la noche y la espesa niebla—. ¡Señor Lammart! —pero mi voz parecía irse, perdida y amortiguada e infinitamente pequeña, hacia la oscuridad ondulante.

Escuché a los hombres resoplar y respirar, esperando a sotavento. Me di vuelta hacia ellos, sosteniendo la lámpara en alto.

—Escuchamos algo —dijo Tarpley, el marinero a cargo de nuestra guardia—. ¿Algo anda mal?

—Lammart, desapareció —le dije sin comprender—. Escuchamos algo, y fui por la lámpara de la bitácora. Luego gritó, y escuché un sonido de algo rompiéndose, y cuando regresé se había esfumado.

Me volví y acerqué la luz sobre el mar invisible. Los hombres se apiñaron a lo largo de la barandilla y miraron, desconcertados.

—Sangre —dijo Tarpley, señalando—. Hay algo extraño por ahí —agitó una mano enorme en la oscuridad—. ¿Qué es eso que apesta... ?

Nunca terminó la frase; porque de repente uno de los hombres gritó algo con voz asustada:

—¡Cuidado, señor! ¡Cuidado!

Vi, en un breve destello, algo que entró en la cubierta con un movimiento infernal; y luego, antes de que pudiera formarme alguna noción de lo que había visto, la lámpara se hizo pedazos. En ese instante mis sentidos se aclararon, y vi la increíble locura de lo que estábamos haciendo; porque allí estábamos, de pie frente a la noche, y allá afuera, en la oscuridad, algo monstruoso nos acechaba. Estábamos a su merced. Parecía como si... flotara. Sí, como si flotara sobre nosotros.

—¡Apártense de la barandilla! —grité.

Hubo una oleada de pies cuando los hombres obedecieron, con repentina aprensión de su peligro. Mientras lo hacían, sentí algo invisible rozar mi hombro, y un olor indescriptible quemando mis fosas nasales. Algo que se movía sobre mí en la oscuridad.

—¡Abajo, al salón, todos! —grité—. ¡De inmediato!

Hubo una avalancha a lo largo de la cubierta. Llegamos al salón tropezando y maldiciéndonos unos a otros en la oscuridad.

Me encontré con los hombres acurrucados al pie de las escaleras y llenando el pasillo, todos abarrotados en la oscuridad. La voz del patrón estaba llenando el salón. Exigía en adjetivos enérgicos la causa de tanto alboroto. Desde la litera del mayordomo también vino una voz, y el chisporroteo de un fósforo, luego el resplandor de una lámpara.

Me abrí paso entre los hombres y encontré al capitán, todavía en su ropa de dormir, luciendo somnoliento y enojado, aunque tal vez el desconcierto superaba cualquier otro sentimiento. Sostuvo la lámpara en alto, y una luz intensa brilló sobre el grupo de hombres.

Me apresuré a contarle la increíble desaparición de mi compañero, y mi convicción de que algo extraordinario acechaba cerca del barco, en la niebla. Mencione el curioso olor. Incluso al expresarme en términos más bien parcos mi imaginación comenzó a despertar imágenes que me inquietaron; mil terribles imposibilidades del mar se hicieron repentinamente posibles.

El capitán (se llamaba Jeldy) no se detuvo para vestirse, sino que volvió corriendo a su cabina y salió en unos momentos con un par de revólveres y un puñado de cartuchos. El segundo al mando sacó su propia lámpara y un gran Smith y Wesson, que evidentemente estaba cargado.

El Capitán Jeldy empujó uno de sus revólveres en mis manos, con algunos cartuchos, y comenzamos a cargar apresuradamente las armas. Entonces el capitán tomó su lámpara y se dirigió a la escalera.

—¿Quiere a los demás en cubierta, capitán? —le pregunté.

—No —dijo—. No sirve de nada correr riesgos innecesarios. Quédense aquí, señores; si los necesito los llamaré. Estén atentos.

—Sí, sí, señor —dijeron los hombres, como en un coro. Luego seguí al capitán escaleras arriba, con el segundo al mando muy cerca.

Subimos hasta el silencio de la cubierta desierta. La niebla se había espesado, incluso durante el breve tiempo que había estado abajo, y no había ni un soplo de viento. La niebla era tan densa que parecía presionarnos, y las dos lámparas formaban una especie de halo luminoso en la humedad del aire, que parecía absorber la luz de una manera muy peculiar.

—¿Dónde estaba? —me preguntó el capitán, casi en un susurro.

—En el lado de babor, señor —le dije—, un poco al costado de la cartuja y cerca de una docena de pies del riel. Le mostraré el lugar exacto.

Seguimos adelante, yendo en silencio, atentamente, aunque, de hecho, era poco lo que podíamos ver. En cierto momento pensé haber escuchado un vago sonido en algún lugar de la niebla, pero no estaba seguro debido al lento crujido de los largueros mientras la nave rodaba ligeramente sobre una extraña marea oleosa. Aparte de este leve sonido, y el susurro lejano de la lona golpeando suavemente contra los mástiles, no había ningún ruido en todo el barco. Les aseguro que el silencio me pareció casi amenazante en el estado de extremo nerviosismo en el que me encontraba.

—Aquí es donde lo dejé, capitán —susurré unos segundos más tarde—. Mantenga baja la lámpara, señor. Hay sangre en la cubierta.

El capitán Jeldy lo hizo. Luego emitió un imperceptible quejido ante lo que vio. Sin prestar atención a mi apresurada advertencia, caminó hacia la barandilla, sosteniendo en alto su lámpara. Lo seguí, porque no podía dejarlo ir solo; y el segundo también vino con su lámpara. Se inclinaron sobre la baranda y mantuvieron sus luces contra la oscuridad desconocida.

Recuerdo cómo las lámparas producían solo dos destellos amarillos en la niebla, ineficaces, pero que de alguna manera servían para aclarar extraordinariamente las posibilidades de la oscuridad. Tal vez esa sea una manera extraña de decirlo, pero da una idea aproximada sobre mis sensaciones. Y todo el tiempo, ya sabes, había sobre mí la brutal y aterradora expectativa de que algo nos alcanzaría desde esa eterna oscuridad y niebla que contenían todo el mar y la noche. Éramos apenas tres figuras ocultas mirando nerviosamente hacia lo desconocido.

La niebla ahora era tan espesa que ni siquiera podíamos ver la superficie del agua. Mientras mirábamos fijamente sobre la barandilla, escuché que algo se movía hacia la cubierta principal. Sujeté al capitán Jeldy por el codo.

—Salga de la barandilla, señor —le dije, y él, con la rápida premonición del peligro, dio un paso atrás.

El segundo compañero nos siguió, y los tres nos quedamos allí, mirando a nuestro alrededor y sosteniendo nuestros revólveres en alto. Ráfagas opacas de niebla golpeaban lentamente sobre las lámparas.

—¿Qué fue lo que escuchó, señor? —preguntó el capitán después de unos momentos.

—Silencio —murmuré—. Ahí está de nuevo. ¿Lo oyen? ¡Hay algo que se mueve hacia abajo en la cubierta principal!

El Capitán Jeldy lo escuchó, y los tres nos quedamos inmóviles, tratando de agudizar aún más nuestros oídos. De repente se escuchó el sonido de un anillo de cubierta, y

otro, de nuevo, como si alguien, o algo, estuviese jugando, o tanteando algo desconocido.

—¡Allá abajo, en la cubierta principal! —gritó el capitán abruptamente, su voz parecía ronca cerca de mi oído, pero inmediatamente se sofocó por la niebla—. ¡Allá abajo, en la cubierta principal! ¿Quién anda ahí?

Pero nunca llegó un sonido de respuesta. Los tres nos quedamos allí, mirando rápidamente de un lado a otro, y escuchando. De repente, el segundo murmuró algo:

—¡El puesto de observación, señor!

El Capitán Jeldy captó la indirecta en el instante.

—¡Eh, el del puesto de vigilancia! —gritó.

Y luego, a lo lejos, y con un sonido amortiguado, llegó el grito de respuesta del vigilante:

—Siiiiii... señooooorrrrr —una pequeña voz, largamente extendida a través de callejones de niebla desconocidos.

—Ve abajo, a la puerta de entrada, y ciérrala. No te muevas hasta que te lo ordene —cantó el capitán Jeldy.

El hombre respondió:

—¡Sí, sí, señor! —llegando a nosotros débil y triste. Y directamente después el sonido metálico de una puerta de acero, hueca y remota.

—Eso pone a salvo a todos, por el momento —dijo el segundo.

Incluso mientras hablaba, volvió a aparecer ese ruido indefinido sobre la cubierta principal de algo que se movía con un sigilo increíble y antinatural.

—¡En la cubierta principal! —gritó el Capitán Jeldy severamente—. ¡Si todavía hay alguien allí, responda, o dispararé!

La respuesta fue a la vez sorprendente y aterradora, porque de repente un tremendo golpe retumbó en la cubierta: un sonido sordo, rodante, de un enorme peso que se hundía. Y luego un silencio abominable.

—¡Dios mío! —dijo el capitán Jeldy en voz baja—, ¿qué fue eso?

Levantó la pistola, pero enseguida lo sujeté por la muñeca.

—No dispare, señor —susurré—. No creo que ayude demasiado contra... eso. Por el ruido que escuchamos, debe ser enorme. Realmente no dispararía.

Me resultó imposible expresar mi vaga idea en palabras; pero sentí que había una fuerza a bordo, abajo, en la cubierta principal, que sería inútil atacar con algo tan ineficaz como la bala de un insignificante revólver.

Mientras sostenía la muñeca del capitán Jeldy, él vaciló, entonces se produjo un repentino balido de las ovejas, y el estallido de latigazos y el crujir de la madera. Finalmente se oyó un gran choque, seguido de otro, y otro...

—¡Dios mío! —dijo el segundo compañero—, el corral de las ovejas está siendo hecho en pedazos contra la cubierta. ¡Dios! ¿Qué clase de cosa podría hacer eso?

Los golpes, realmente tremendos, por fin cesaron, y hubo un sonido de chapoteo por encima; después de eso, un silencio tan profundo que parecía como si toda la atmósfera de la noche estuviera llena de una insoportable y tensa quietud. Luego, la humedad de los listones de una vela, muy lejos en la noche, vibró solitariamente para romper ese silencio infernal que nos destrozaba los nervios.

—Abajo, los dos. ¡Ahora! —dijo el capitán Jeldy—. Hay algo que a bordo con nosotros, y no podemos hacer nada hasta la luz del día.

Bajamos y cerramos las puertas de la cabina del capitán. Allí nos acostamos, sobre el ancho Atlántico, sin puesto de observación ni oficial a cargo, y algo increíble en la oscura cubierta principal.

II

Durante algunas horas nos sentamos en la cabina del capitán mientras discutíamos el asunto. El capitán Jeldy y el segundo todavía usaban sus ropas de dormir, y nuestros revólveres cargados yacían a mano en la mesa. Así aguardamos ansiosamente el paso de las horas hasta que llegara el amanecer.

A medida que la luz se fortalecía, nos esforzamos por obtener una vista del mar, pero la niebla era tan espesa que era exactamente como mirar hacia una nada gris, que se volvió blanca al llegar el día.

—Ahora —dijo el capitán Jeldy—, vamos a investigar.

Abrió las dos puertas, y la niebla nos recibió, blanca e impenetrable. Durante un rato estuvimos allí, los tres, absolutamente en silencio y escuchando, con nuestros

revólveres a mano; pero nunca nos llegó un sonido, excepto el extraño y vago listón de una vela o el leve crujido del equipo cuando el barco se alzaba sobre un oleaje lento e invisible.

Poco después, el capitán salió cautelosamente a la cubierta; estaba descalzo, por lo que no emitió ningún sonido. Yo llevaba mis botas de goma y lo seguí en silencio. El segundo, también descalzo, cerraba la fila. El capitán Jeldy dio unos pasos por la cubierta y la niebla lo ocultó por completo.

—¡Uf! —lo escuché murmurar—, el hedor es peor que nunca —su voz me llegó extraña y vaga a través de la bruma.

—El sol pronto se comerá toda esta niebla —dijo el segundo a mi lado, con una voz que era poco más que un susurro.

Seguimos al capitán, y lo encontramos a un par de brazas de distancia, de pie, envuelto en la niebla, en una actitud de tensa escucha.

—No puedo oír nada —susurró—. Vamos a ir al descanso, tan silenciosos como podamos.

Avanzamos como tres sombras. De repente, el capitán Jeldy tropezó con algo y cayó, haciendo un ruido tremendo. Se levantó rápidamente, maldiciendo. Los tres nos quedamos allí en silencio, esperando que cualquier cosa infernal se nos viniera encima desde esa invisibilidad blanca. Una vez que me sentí seguro, vi que algo venía hacia mí y levanté mi revólver, pero enseguida desapareció. La tensión de la expectativa finalmente se aflojó cuando el capitán Jeldy se agachó sobre el objeto que lo había hecho tropezar.

—Es el maldito corral de las aves —murmuró—. ¿Cómo diablos llegó hasta aquí?

—Eso debe ser lo que escuché anoche —dije—. Hubo un fuerte estruendo justo antes de que mi compañero me llamara para apresurarme con la lámpara.

Dejamos atrás el corral destrozado, y los tres fuimos silenciosamente hasta la barandilla. Nos inclinamos y miramos la blancura de la niebla que lo ocultaba todo.

—No puedo ver nada —susurró el segundo.

Sin embargo, mientras hablaba, creí escuchar un ligero e indefinido ruido sordo en algún lugar debajo de nosotros. Sujeté a mis compañeros del brazo para atraerlos hacia atrás.

—Hay algo ahí abajo —murmuré—. Por el amor de Dios, retrocedan de la barandilla.

Dimos un paso hacia atrás, dos, y nos detuvimos para escuchar; incluso mientras lo hacíamos, llegó un ligero aire jugando a través de la niebla.

—Se acerca una brisa —dijo el segundo—. Miren, la niebla ya se está despejando.

Estaba en lo correcto. El aspecto de impenetrabilidad blanca había desaparecido. De repente, pudimos ver la esquina de las aberturas posteriores a la escotilla a través de la niebla cada vez más delgada. En un minuto pudimos ver tan lejos como el mástil principal, y luego las cosas fueron adquiriendo contornos reconocibles, ya despejados. La pared de blancura se disipaba a medida que avanzaba.

—¡Miren! —exclamamos al unísono.

Todo el barco ahora era claro para nuestra vista; pero no fue en el barco en sí donde centramos nuestra atención. Después de una rápida mirada a lo largo de la cubierta principal, completamente vacía, vimos algo más allá del costado del barco. Alrededor de la embarcación había una increíble extensión de algas, tal vez, de un buen cuarto de milla a cada lado.

—Algas —dijo el capitán Jeldy—. ¡Algas! Por Jove, supongo que sabemos qué se llevó a nuestro compañero.

Se volvió, corrió hacia babor y miró hacia arriba. De repente el capitán se puso rígido. Nos hizo señas de que fuéramos a ver. Lo seguimos, y nos detuvimos a su lado, observando.

—¡Miren! —susurró el capitán, señalando—. ¿Lo ven? ¡Allí! ¡Miren!

Al principio no pude ver nada excepto la extensión sumergida de la algas. Entonces, mientras miraba fijamente, comencé a notar algo que comenzaba a separarse de las algas circundantes, algo de aspecto coriáceo, con un tono algo más oscuro que las algas en sí.

—¡Dios mío! —dijo el capitán Jeldy—. ¿Qué diablos es eso? ¡Miren! ¡Miren los ojos de la cosa! Eso es lo que se lo llevó.

Lo vi claramente ahora; tres de los masivos tentáculos yacían retorcidos dentro y fuera de las aglomeraciones de las algas; y luego, abruptamente, me di cuenta de que esos dos discos redondos, extraordinarios, inmóviles e inescrutables, eran los ojos de la criatura, justo debajo de la superficie del agua. Parecía estar mirando, inexpresivo, hacia un lado de la embarcación. Tracé, vagamente, la monstruosidad sin forma de lo que quizás era su cabeza.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¡Es un calamar enorme de algún tipo!

Se oyó entonces el agudo estruendo del revólver del capitán. Había disparado contra la cosa, e instantáneamente hubo una conmoción. Las algas estaban levantándose, literalmente, toneladas de ellas. Una enorme cantidad fue arrojada a bordo por los movimientos del monstruo. El mar parecía casi hervir en un gran caldero de hierba y agua. El acero del barco resonó con los golpes sordos y tremendos de la criatura en su lucha.

En todo ese remolino de tentáculos, algas y agua de mar, los tres vaciamos nuestros revólveres tan rápido como pudimos. Disparar y recargar, solo podíamos pensar en eso. Recuerdo la sensación de feroz satisfacción que tuve al ayudar a vengar la muerte de mi compañero.

De repente, el capitán nos gritó para que retrocediéramos, y obedecimos al instante. Mientras lo hacíamos, las algas se elevaron en un gran montículo de más de seis metros de altura, y más de una tonelada cayó a bordo. En ese instante, tres de los monstruosos tentáculos entraron por el costado, y la embarcación dio un giro lento a babor cuando el peso cayó sobre ella, ya que el monstruo literalmente se había liberado del mar contra el barco en una vasta forma coriácea, todo envuelto en hojas de algas. Parecía empapado de sangre y de un curioso líquido negro.

Las ventosas que habían llegado al interior se sacudían aquí y allá. Una de ellas se acurrucó de la manera más horrible, como una serpiente alrededor de la base del palo mayor. Esto pareció atraerlo, ya que de inmediato enroscó otros dos tentáculos alrededor del mástil, y de inmediato lo golpeó con tanta violencia que toda la longitud de la madera, de una altura de unos ciento cincuenta pies, se sacudió visiblemente, mientras que la nave misma vibraba con los esfuerzos de la criatura.

—¡Arrancará el mástil, señor! —dijo el segundo con un jadeo—. ¡Nos partirá al medio!

—¡Las cargas! —grité al capitán—. ¡Volemos a esa cosa en pedazos!

—Trae una, rápido —dijo el capitán, señalando con el pulgar al segundo.

En treinta segundos volví con la carga explosiva. El capitán Jeldy sacó su cuchillo y cortó el fusible en seco; luego, con mano firme, lo encendió y lo sostuvo con calma hasta que retrocedí, gritándole que lo arrojara, porque sabía que debía explotar en un par de segundos más.

El capitán Jeldy arrojó la carga, que cayó al mar justo en el lado exterior de la gran masa verdusca del monstruo. Tan bien lo había cronometrado que estalló, con un estruendo sorprendente, justo cuando golpeó el agua. El efecto sobre el calamar fue asombroso. Parecía literalmente colapsar. Los enormes tentáculos se soltaron del

mástil y se enroscaron en la cubierta sin poder hacer nada, y fueron arrastrados, inertes, sobre la barandilla.

Cuando la enorme masa se alejó del costado del barco, fuera de la vista, hacia las algas. La nave rodó lentamente a estribor y luego se estabilizó.

—Gracias a Dios! —murmuré, y miré a los otros dos.

Estaban pálidos y sudando. Probablemente yo estaba en las mismas condiciones.

—Aquí está la brisa otra vez —dijo el segundo un minuto después—. Nos estamos moviendo.

Se volvió, sin decir una palabra más, y corrió hacia popa, mientras la embarcación se deslizaba a través del campo de algas.

—Mira dónde esa cosa destrozó el corral —dijo Jeldy—. Y aquí está la claraboya, hecha añicos.

Se acercó al acero retorcido y miró por la abertura de la claraboya. Dejó escapar un tremendo grito de asombro:

—¡Aquí está Lammart! —gritó—. ¡Nunca cayó por la borda! ¡Está aquí!

Se dejó caer por el tragaluz, y yo lo seguí. Mi compañero yacía acurrucado e insensible en un montículo de velas de repuesto. En su mano derecha sostenía una navaja desenvainada, mientras que su mano izquierda estaba cubierta de sangre seca, donde había sido gravemente cortado.

Después, llegamos a la conclusión de que se había cortado con uno de los tentáculos, que lo había atrapado alrededor de la muñeca izquierda, con la punta del tentáculo todavía apretada alrededor de su brazo. Por lo demás, no sufrió daños graves, ya que la criatura obviamente lo arrojó violentamente a través del marco de la claraboya, por lo que su caída había sido amortiguada por las velas de repuesto.

Lo llevamos a cubierta y lo bajamos hasta su litera, donde lo dejamos bajo la supervisión del médico para que lo atendiera. Cuando volvimos a cubierta, la embarcación se había alejado del campo de algas. El capitán y yo nos detuvimos por unos momentos para mirar hacia atrás.

Mientras observábamos, algo surgió del corazón de las algas: una cosa larga, estrecha y pecaminosa, que se enroscó y flaqueó contra la luz del amanecer, y que ahora se hundía nuevamente en el verde.

Navegamos hacia el norte, con nuestra carga en buen estado. Dejamos a esa monstruosidad en la soledad del mar.